

POR LOS CAMINOS DEL REINO
COMPROMISO

FICHA: AL SERVICIO DEL REINO

ANEXO IV
ORACIÓN/RETIRO PERSONAL

A. Primer momento: meditación de la Palabra.

1. Ponte en presencia del Señor. Preséntale el día, este tiempo que estás viviendo. Preséntale lo que habéis ido compartiendo en esta ficha. Preséntale también tus expectativas e inquietudes en este momento. Pídele que te acoja y te ayude a escuchar lo que te está diciendo hoy en su palabra y en la historia...
2. Lee Lc 4, 14-30. Imagínate la escena, el momento... Imagínate a Jesús proclamando su misión. Imagínate el eco que tendría en sus paisanos... Fíjate en las expresiones que te llamen más la atención. ¿Cómo hacía Jesús todo eso que proclamó en esa lectura?
3. Recuerda tu experiencia de servicio y anuncio.
 - a) ¿Has tenido experiencia de ayudar a sanar, liberar, de dar buenas noticias? Saborea esos momentos, preséntaselos al Señor, agrádeselos.
 - b) ¿Has tenido experiencia de rechazo, fracaso, frustración? Sitúalo a la luz del fracaso de Jesús en su pueblo... Preséntaselo al Señor, ábrete a su presencia también en esas situaciones...
4. Lee de nuevo Lc 4, 18-19, y lee esas palabras como referidas a ti. También el Señor te envía para participar de la misma misión de Jesús. ¿Cómo te sientes? ¿Qué le dices? Preséntale tu reacción, tu alegría, tus temores, tu acogida, tu rechazo, tus reservas...

B. Segundo momento: aprendices de evangelizadores.

Lee los siguientes cuentos:

ID POR TODO EL MUNDO Y PROCLAMAD LA BUENA NOTICIA

Tres cuentos para aprendices de evangelizadores (tomado de Aleixandre, D., 1997)

1.- Las quejas del mercader

En un país muy lejano vivía un mercader lleno de celo por la causa de Dios. Tanto era su celo que había vendido toda su hacienda y había comprado a cambio centenares de libros que le prometían enseñarle a negociar en beneficio de esa causa. Los fue leyendo uno a uno y se llenó de ideas hermosísimas que consiguió vertebrar en una poderosa síntesis doctrinal. Elaboró un plan de pastoral y se lanzó a la brecha. Montó su puesto en un parque público y, subido sobre una silla, se

puso a hablar a la gente: “Hermanos: ha llegado la hora de abandonar toda impostación dialéctica que nos dificulte el acceso al kerygma. No nos dejemos arredrar por la problemática del círculo hermenéutico: tenemos con nosotros al Paráclito como don escatológico, y él puede guiarnos hacia una exégesis verdaderamente eclesial y ecuménica”.

“¿Mande...?”, dijo un jubilado poniéndose la mano en la oreja en forma de pantalla, porque estaba un poco sordo.

“¿De qué habla?”, se interesó una joven madre que mecía a su hijo en el cochecito.

“Debe de ser de los del Hare-Krishna, pero es raro, porque no lleva pandero...”, comentó un guarda del parque que estaba acostumbrado a ver de todo.

Una mujer de mediana edad, que venía de la compra, le miró con benevolencia: “Parece buen chico”, pensó. “Lástima que no se entienda lo que dice...”, y se alejó arrastrando su carrito.

Se pararon dos chavales con zapatillas y bolsas de deporte. “Mira”, dijo uno, “ése va de religión”. “Pasando a tope, colega”, dijo el otro. Y siguieron andando.

El mercader lleno de celo por la causa de Dios estaba desanimado: las cosas no estaban saliendo como habían sido previstas en el plan de pastoral. De modo que acudió al Señor: “La gente no compra nada”, se quejó. “Cada cual va a lo suyo, y a nadie le interesan tus cosas, Dios mío...”

“Hace tiempo que están convencidos de que las ideas no les sirven para mucho”, les disculpó el Señor. “Pero de verdad que están agobiados y con sed de agua viva...”

El mercader creyó comprender. Vendió los libros y puso un herbolario. Ofreció tónicos de frutos espirituales, infusiones de moralina, germen de maná liofilizado, pan bendito integral y parches Sor Virginia.

La gente compraba, pero se hacía un lío con las mezclas de hierbas y no acertaba a saber muy bien para qué servía cada cosa. Por eso acudía constantemente al mercader a pedir nuevas recetas. El mercader se impacientó y fue a quejarse al Señor: “La gente sigue sin comprender, Señor, y yo no puedo pasarme la vida solucionando sus dudas...”. “No han tenido muchas oportunidades de estudiar, ¿sabes?”, le dijo el Señor. “Además, trabajan mucho y tienen poco tiempo para ponerse a descifrar el lenguaje de tus recetas. Si intentaras...”

El mercader lleno de celo por la causa de Dios le dejó con la palabra en la boca: había tenido una iluminación repentina. ¡El lenguaje! ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Traspasó el herbolario y decidió dar un nuevo giro a su negocio. Mercaderes de Oriente le vendieron varitas de incienso, taburetes para meditar,

tapices y “CDs²” de relajación. Mercaderes de Occidente le vendieron presentaciones audiovisuales, “vídeos”, cadenas de sonido, amplificadores, una batería electrónica y un ordenador. Al mercader ya no le faltaba ningún detalle para hacer triunfar la causa de Dios. Así que montó una gran carpa en medio del parque. La gente se agolpaba para entrar, y las gradas de la carpa estaban siempre llenas. Todos miraban con atención y escuchaban extasiados. A la salida felicitaban al mercader y se marchaban muy contentos, porque habían participado en un hermoso espectáculo.

Pero el mercader lleno de celo por la causa de Dios no acababa de estar satisfecho. Había caído en la cuenta de que a su carpa apenas venían pecadores. Su clientela era gente buena, gente de toda la vida; pero pecadores, lo que se dice pecadores, venían poquísimos.

Fue a quejarse al Señor, y el Señor le dijo: “Tendrás que salir a buscarlos. Recuerda el trabajo que me costó a mí encontrar la oveja que se me había perdido...”

El mercader decidió salir en busca de los pecadores. Había muchísimos más de los que él creía, y al fin consiguió sentarse a comer con ellos. Sacó sus “DVDs”: se aburrían. Sacó una presentación: bostezaron. Puso en marcha la megafonía: hablaban entre ellos. “Son unos pecadores bastante empedernidos”, pensó el mercader disgustado. Y se volvió a su casa abatido.

En la oración de la noche se quejó al Señor: “He hecho lo que he podido, Dios mío; he seguido tu ejemplo y me he sentado a comer con ellos, pero me he fatigado en vano y he consumido inútilmente mi tiempo y mis energías..”

El Señor esperó pacientemente a que el mercader acabara su letanía de quejas y, cuando hubo terminado, le dijo: “Hijo mío, todos esos hermanos tuyos estaban enfermos, pero tú estabas tan preocupado por mi causa que te has olvidado de preguntarles por sus heridas”.

2.- El heraldo del rey

Entre todos los que servían en el ejército del Rey eternal, ninguno se señalaba tanto en el servicio de su Señor como aquel caballero que había sido capitán en los Tercios de Flandes. Desde el punto y hora en que decidió abandonar los vanos honores mundanos para militar bajo la bandera de su Rey, hizo de su vida “oblación de mayor estima y momento”, y nadie podía aventajarle ya en generosidad y en valentía. Sobrellevaba la austera disciplina de la nueva milicia con grande ánimo y liberalidad, y siempre se mostraba esforzado y dispuesto a acudir a los servicios más duros y a los puestos más arriesgados.

² Se han cambiado ligeramente algunos términos tecnológicos para actualizarlos.

El Rey decidió nombrarle heraldo real y le confió el reclutamiento de nuevos soldados. El capitán que había venido de Flandes se sintió muy orgulloso de aquel privilegio tan grande, del que no se sentía digno.

Marchó por ciudades y aldeas, y en cada una de ellas pregonaba el mensaje de su Rey: “Es mi voluntad de conquistar el mundo entero y vencer a todos los enemigos...” Cuando acababa la lectura, el heraldo seguía hablando y exhortando a cuantos quisieran escucharle a alistarse en el servicio de tan alta causa. No ofrecía una vida fácil ni ocultaba las asperezas que les aguardaban ni los trabajos y fatigas que habrían de soportar. Pero el Rey se lo merecía todo, y era tanto el ardor y convicción que ponía el heraldo en sus palabras que muchos jóvenes, nobles o villanos, lo dejaban todo e iban a ponerse bajo la bandera de aquel Rey tan magnánimo.

El camino de regreso al campamento era largo y, al anochecer del primer día de marcha, entraron a dormir en una posada. Algunos de los recién alistados bebieron más de la cuenta, y el heraldo los despidió encolerizado: no eran dignos de estar al servicio de su Señor. Durante el segundo día de camino, algunos manifestaron cansancio y se detuvieron a beber en una fuente. “Sólo los fuertes pueden servir a mi Rey”, dijo el heraldo; y les ordenó que regresasen a sus casas. Durante la cena de aquella noche, otros se pusieron a discutir acerca de quién de ellos debía sentarse a la derecha de su nuevo jefe, y tampoco a éstos les permitió seguir en su compañía: no habían sabido dejar atrás la ambición de honores y dignidades.

Pasaron la noche en las ruinas de una fortaleza abandonada, y el heraldo determinó quiénes debían quedarse de guardia con él. A los que se dejaron vencer por el sueño los despidió a la mañana siguiente: al Rey había que serle fiel también en la vigilia.

Cuando reemprendieron la marcha, quedaban ya muy pocos, y el heraldo iba muy desconsolado. Les atacó una cuadrilla de bandidos, y los jóvenes que quedaban salieron huyendo; el heraldo, al verse solo, huyó también, abandonando el estandarte.

Regresó al campamento malherido, derrotado y solo. Lleno de confusión y vergüenza, refirió al Rey el fracaso de su misión y le suplicó que en adelante le tuviera por perverso caballero y le retirase su cargo de heraldo, ya que no había sabido encontrar jóvenes capaces de comprometerse dignamente en el servicio de su Reino, y ni siquiera él mismo había tenido el valor de defender hasta la muerte su bandera.

El Rey le escuchó en silencio y ordenó después que le curasen sus heridas y que, cuando estuviera restablecido, le dieran el oficio de centinela. En cuanto pudo tenerse en pie, el antiguo capitán venido de Flandes se incorporó a su nuevo servicio. Tanta era su ansia por reparar su anterior cobardía que no esperó siquiera a ver cicatrizadas del todo sus heridas.

Durante las largas horas de vigilia de su primera noche de guardia, se lamentaba largamente de que el Rey no pudiera contar con un heraldo de conducta intachable ni con unos soldados de ánimo esforzado.

En la tercera vigilia de la noche, oyó pasos a su lado. Ya iba a dar el alto cuando se dio cuenta, con asombro, de que era el Rey mismo quien se había acercado hasta su puesto de guardia. Hincó la rodilla en tierra, pero el Rey le puso las manos sobre sus hombros y le hizo levantarse. Luego, en la oscuridad de la noche, como un amigo que habla a su amigo, le confió su propia historia: también él, cuando había llamado por primera vez a los suyos, había creído que se trataba de esos compañeros que permanecen fieles en las tribulaciones, de los que no se duermen cuando los necesitas ni te abandonan cuando llega el peligro, de los que nunca reniegan de haberte conocido. Luego resultó que no eran así, pero él ya no podía evitar quererlos, ya no era capaz de volverse atrás de su palabra dada, ya no podía dejar de contar con ellos. Se había acostumbrado a quererlos así, tan frágiles, tan vacilantes, tan cobardes... Así que decidió seguir confiando en ellos y se arriesgó a dejar en sus manos la tarea de conquistar el mundo y extender su Reino. “Y al final no me defraudaron”, dijo con ternura mezclada de orgullo. “Pero hay que saber confiar, hay que saber esperar...”

Las palabras del Rey iban cayendo mansamente, como el rocío de la noche, en el corazón del centinela. Antes de marcharse, el Rey le entregó un mensaje sellado: “Léelo cuando amanezca”, le dijo.

Al llegar la madrugada, el centinela desenrolló el pergamino y, al leerlo, sintió que le temblaban las manos y se le humedecían los ojos: el Rey le reponía en su cargo de heraldo y le enviaba de nuevo a llamar a todos cuantos quisieran alistarse a su servicio. “Es mi voluntad de conquistar todo el mundo y vencer a todos los enemigos...”

Eran las mismas palabras, pero el heraldo ya no era el mismo. Enrolló de nuevo el pergamino y esperó a que llegara el relevo de la guardia.

Cuando se puso en camino, en el cielo se apagaban las últimas estrellas.

3.- La sabiduría de la anciana abadesa

Cuentan las crónicas que en tiempos de las Cruzadas había en Normandía un antiguo monasterio regido por una abadesa de gran sabiduría. Más de cien monjas oraban, trabajaban y servían a Dios llevando una vida austera, silenciosa y observante.

Un día, el obispo del lugar acudió al monasterio a pedir a la abadesa que destinara a una de sus monjas a predicar en la comarca.

La abadesa reunió a su Consejo y, después de larga reflexión y consulta, decidió preparar para tal misión a la hermana Clara, una joven novicia llena de virtud, de inteligencia y de otras singulares cualidades.

La madre abadesa la envió a estudiar, y la hermana Clara pasó largos años en la biblioteca del monasterio descifrando viejos códices y adueñándose de su secreta ciencia. Fue discípula aventajada de sabios monjes y monjas de otros monasterios que habían dedicado toda su vida al estudio de la teología. Cuando acabó sus estudios, conocía los clásicos, podía leer la Escritura en sus lenguas originales, estaba familiarizada con la Patrística y dominaba la tradición teológica medieval. Predicó en el refectorio sobre las “procesiones” intratrinitarias, y las monjas bendijeron a Dios por la erudición de sus conocimientos y la unción de sus palabras.

Fue a arrodillarse ante la abadesa: “¿Puedo ir ya, reverenda Madre?” La anciana abadesa la miró como si leyera en su interior: en la mente de la hermana Clara había demasiadas respuestas. “Todavía no, hija, todavía no...”

La envió a la huerta. Allí trabajó de sol a sol, soportó las heladas del invierno y los ardores del estío, arrancó piedras y zarzas, cuidó una a una las cepas del viñedo, aprendió a esperar el crecimiento de las semillas y a reconocer, por la subida de la savia, cuándo había llegado el momento de podar los castaños... Adquirió otra clase de sabiduría; pero aún no era suficiente.

La madre abadesa la envió luego a hacer de tornera. Día tras día escuchó, oculta detrás del torno, los problemas de los campesinos y el clamor de sus quejas por la dura servidumbre que les imponía el señor del castillo. Oyó rumores de revueltas y alentó a los que se sublevaban contra tanta injusticia.

La abadesa la llamó: la hermana Clara tenía fuego en las entrañas y los ojos llenos de preguntas. “No es tiempo aún, hija mía...”

La envió entonces a recorrer los caminos con una familia de saltimbanquis. Vivía en el carromato, les ayudaba a montar su tablado en las plazas de los pueblos, comía moras y fresas silvestres, y a veces tenía que dormir al raso, bajo las estrellas. Aprendió a contar acertijos, a hacer títeres y a recitar romances, como los juglares.

Cuando regresó al monasterio, llevaba consigo canciones en los labios y se reía como los niños. “¿Puedo ir ya a predicar, Madre?” “Aún no, hija mía. Vaya a orar”.

La hermana Clara pasó largo tiempo en una solitaria ermita en el monte. Cuando volvió, llevaba el alma transfigurada y llena de silencio. “¿Ha llegado ya el momento, Madre?” No; no había llegado. Se había declarado una epidemia de peste en el país, y la hermana Clara fue enviada a cuidar de los apestados. Veló durante noches enteras a los enfermos, lloró amargamente al enterrar a muchos y se sumergió en el misterio de la vida y de la muerte.

Cuando remitió la peste, ella misma cayó enferma de tristeza y agotamiento y fue cuidada por una familia de la aldea. Aprendió a ser débil y a sentirse pequeña, se dejó querer y recobró la paz.

Cuando regresó al monasterio, la Madre abadesa la miró gravemente: la encontró más humana, más vulnerable. Tenía la mirada serena y el corazón lleno de nombres.

“Ahora sí, hija mía, ahora sí”. La acompañó hasta el gran portón del monasterio, y allí la bendijo imponiéndole las manos.

Y mientras las campanas tocaban para el Ángelus, la hermana Clara echó a andar hacia el valle para anunciar allí el santo Evangelio.

En alabanza de nuestro Señor Jesucristo y de su Santa Iglesia. Amén.

1. ¿Qué te sugieren los cuentos? ¿Te ha pasado algo similar? ¿Con qué personaje te identificas más?
2. ¿Cuáles han sido tus dificultades cuando has intentado evangelizar? ¿Qué has aprendido de ellas?
3. Si lo deseas, escribe tu propio cuento...

C. Tercer momento: Señor, ¿qué quieres que haga?

1. Comienza este tercer momento pidiéndole al Señor que te transforme y te envíe. Puedes utilizar la siguiente oración:

*Llego a ti, Señor, con humildad
a pedirte rebeldía.
Quiero vivir comprometido(a) con la verdad.
No venderme por nada ni ante nadie.
Resistir la tentación
de buscar la felicidad externa
y de admitir la paz,
aunque sea en la injusticia...
Hazme un(a) inconforme
con el error, la injusticia y el odio.
Un(a) insatisfecho(a) con la farsa del mundo,
pero con el deseo de trabajar con amor por mejorarlo.
Hazme un(a) indómito(a) de tu Reino
digno(a) de oír tu palabra:
“En el mundo tendréis apreturas;
mas tened buen ánimo,
yo he vencido al mundo”.*

García Salve, en Loidi, Regal y Ulibarri, 1996:323-324)

2. Lee y medita Lc 10, 1-11.

3. Siente y reconoce cómo Jesús te envía a ti hoy. ¿Dónde sientes que te envía especialmente? ¿A qué personas?
4. Dios ha puesto muchos talentos y muchas capacidades en ti para el servicio. Enuméralas, escríbelas. ¿Cuáles te sientes hoy especialmente llamado o llamada a desarrollar? Busca un signo material que las represente para compartir después con los demás.
5. Ponte ante el Señor en actitud de ofrecimiento. Ora, habla con él, confía, pide, entrégate...
6. Puedes concluir con la llamada “oración simple”:

*Señor, haz de mi un instrumento de tu paz. ☐
Que allá donde hay odio, yo ponga el amor. ☐
Que allá donde hay ofensa, yo ponga el perdón. ☐
Que allá donde hay discordia, yo ponga la unión. ☐
Que allá donde hay error, yo ponga la verdad. ☐*

*Que allá donde hay duda, yo ponga la Fe. ☐
Que allá donde hay desesperación, yo ponga la esperanza. ☐
Que allá donde hay tinieblas, yo ponga la luz. ☐
Que allá donde hay tristeza, yo ponga la alegría. ☐*

*Oh Señor, que yo no busque tanto ☐ser consolado, cuanto consolar, ☐
ser comprendido, cuanto comprender, ☐
ser amado, cuanto amar. ☐*

*Porque es dándose como se recibe, ☐
es olvidándose de sí mismo como uno se encuentra a sí mismo, ☐
es perdonando, como se es perdonado, ☐
es muriendo como se resucita a la vida eterna.*